

EL GRAN CAMUFLAJE

THE GREAT CAMOUFLAGE
Por: SUZANNE ROUSSI CÉSAIRE¹

Traducción: Candela Gencarelli*

Fundidas en las islas, existen hermosas olas verdes de agua y de silencio. La pureza de la sal marina está presente en todo el Caribe. Ante mis ojos, la bonita plaza de Péntionville sembrada de pinos e hibiscos. Mi isla, Martinica, y su fresco collar de nubes azotadas por el Monte Pelée. Allí se encuentra la meseta más alta de Haití. Un caballo muere golpeado por un rayo por la tormenta asesina en Hinche, a su lado, su amo contempla la tierra que él creía sólida y extensa. Aún no sabe que está participando en la ausencia de equilibrio de la isla. Pero este súbito descubrimiento de la locura terrestre ilumina su corazón: comienza a pensar en las otras islas del Caribe, en sus volcanes, en sus terremotos, en sus huracanes.

En ese momento, frente a la costa de Puerto Rico, un enorme ciclón comienza a girar entre los mares de nubes con su hermosa cola, barriendo rítmicamente el semicírculo de las Antillas. El Atlántico emprende el vuelo hacia Europa con grandes olas oceánicas. Nuestros pequeños observatorios tropicales empiezan a crepitar con la noticia. Los servicios telegráficos inalámbricos se vuelven locos. Los barcos huyen, pero ¿hacia dónde? el mar se expande, aquí, allá, con un delicioso salto estira sus miembros para una mayor conciencia de su poder elemental de agua, los rostros gotean, los marineros aprietan los dientes. Y nos enteramos de que la costa sureste de la República de Haití está en el camino del ciclón que pasa a una velocidad de treinta y cinco millas por hora abriéndose camino hacia la Florida. La consternación se apodera de los objetos y las personas se salvan al margen del viento. No se mueva. Déjelo pasar...

En el centro del ciclón todo se resquebraja, todo se derrumba en el sonido desgarrador de las grandes manifestaciones. Entonces las radios se quedan en silencio. La gran hilera de palmeras de viento fresco se desplegó en algún lugar de la estratosfera, donde nadie irá a seguir iridiscencias y ondas de luz violeta increíbles.

Después de la lluvia, el sol.

Las cigarras haitianas están pensando en un amor chirriante. Cuando ya no hay ni una gota de agua en la hierba quemada, cantan furiosamente que la vida es bella; explotan en un grito muy vibrante para el cuerpo de un insecto. Su delgada película de seda seca se estira hasta el punto de romperse, mueren, mientras dejan brotar el grito de placer menos húmedo de la tierra.

* Doctoranda de Estudios Sociales de América Latina (DESAL), Centro de Estudios Avanzados (CEA), Universidad Nacional de Córdoba (UNC); candelagencarelli@gmail.com; <http://candelagencarelli.lacasamutante.com/>

¹ Ese texto fue publicado en 1945, en el n°13 de la revista *Tropiques* originalmente en francés.

Haití sigue adelante, envuelta en las cenizas del sol dulce a los ojos de las cigarras, con escamas de las mabouyas, con la cara metálica del mar que ya no es de agua sino de mercurio.

Ahora es el momento de mirar por la ventanilla del clipper de aluminio en sus grandes virajes.

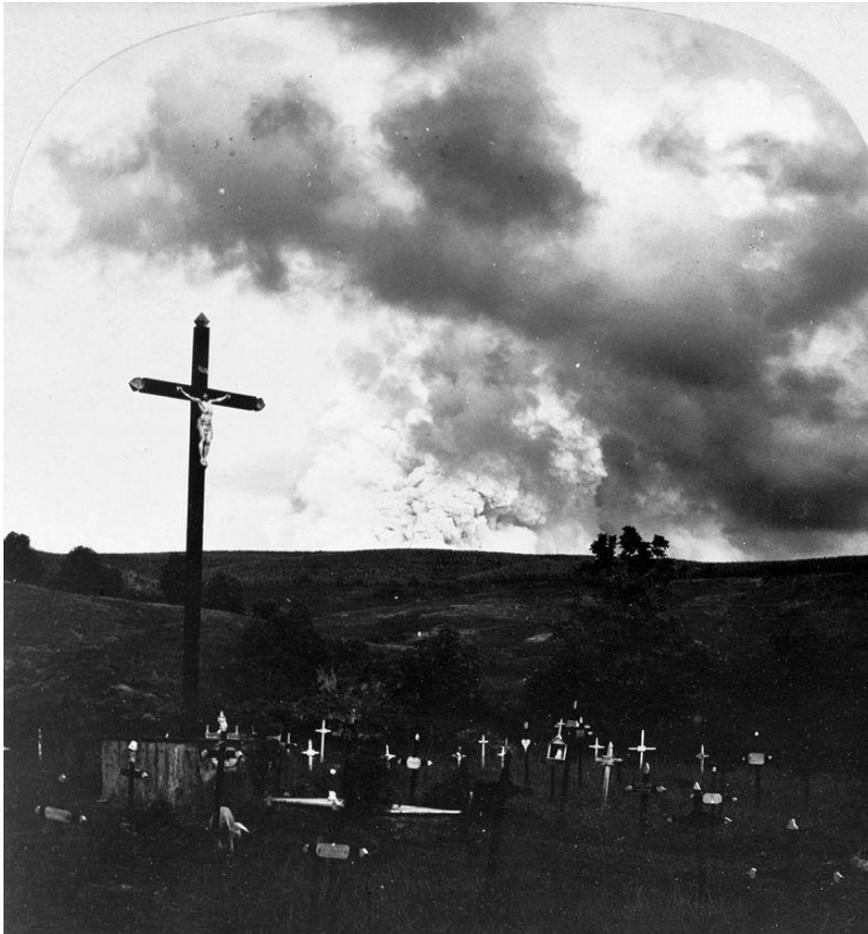
Una vez más, el mar de nubes ya no es virginal desde que los aviones de la Pan American Airways System han estado sobrevolando. Si hay una cosecha madurando, ahora es el momento de tratar de vislumbrarla, pero en las zonas militares prohibidas las ventanas están cerradas.

En los aviones traen los desinfectantes, o el ozono, lo que sea, no verás nada. Nada más que el mar y la forma confusa de la tierra. Solo podemos adivinar el sencillo amor por los peces. Mueven el agua que parpadea y hacen un guiño amigable a la ventanilla de los aviones. Nuestras islas vistas desde muy alto, toman su verdadera dimensión de caracolas. Y en cuanto a las mujeres-colibrí, las mujeres de las flores tropicales, las mujeres de cuatro razas y decenas de sangre, ya no están. Ni la heliconia, ni el frangipani, ni el árbol de la llama, ni las palmeras a la luz de la luna, tampoco los atardeceres únicos en el mundo ...

Sin embargo, están ahí.

No obstante, hace quince años hubo una revelación de las Antillas en el lado este del Monte Pelée. Por ello, supe muy joven que Martinica era sensual, elevada, estirada, relajada en el Caribe, y pensé en las otras islas tan hermosas.

Figura 1: El cementerio, erupción del Monte Pelée en 1902.



Nota. Adaptado de B.L. Singley, Keystone View Company [Tarjeta de estereoscopio], por Library of Congress Prints and Photographs, 1902, (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mount_Pel%C3%A9_1902.jpg) Dominio público.

Nuevamente en Haití, en las mañanas del verano de 1944 la presencia de las Antillas es más que perceptible, desde lugares como en Kenscoff, en los que la vista de las montañas es de una belleza intolerable.

Y ahora lucidez total. Mi mirada, más allá de estas formas y estos colores perfectos, capta en el bello rostro antillano sus tormentos interiores.

Porque la red del deseo insatisfecho ha atrapado a las Antillas y a América. Desde la llegada de los conquistadores y el desarrollo de sus técnicas (empezando por las armas de fuego), las tierras del otro lado del Atlántico no sólo han cambiado en apariencia, sino también en el miedo. Miedo a distanciarse de los que se quedaron en Europa, armados y equipados, miedo de estar en competencia con gente de color rápidamente declarada inferior para poder vencerlos mejor. Fue necesario, en primer lugar, y a toda costa, hacerlo en una América más rica, más poderosa, mejor organizada que la sociedad europea estancada — deseada. Era necesario vengarse del infierno nostálgico que vomitaba sobre el nuevo mundo y sus islas, sus demonios aventureros, sus reclusos, sus penitentes, sus utopistas. Durante tres siglos, la aventura colonial ha continuado — las guerras de independencia son solo un episodio —, los pueblos americanos cuyo comportamiento hacia Europa a menudo sigue siendo infantil y romántico, aún no han sido liberados del agarre del viejo continente. Por supuesto, son los negros de América los que más sufren en una humillación diaria, las degeneraciones, las injusticias y la mezquindad de la sociedad colonial.

Si estamos orgullosos de observar en todas partes del suelo americano nuestra extraordinaria vitalidad, si en definitiva esta vitalidad parece ofrecer la promesa de nuestra salvación, hay que atreverse a decir, sin embargo, que aún prevalecen formas refinadas de esclavitud. Aquí, en estas islas francesas, degradan a los miles de negros para quienes hace un siglo el gran Schoelcher buscó, junto con la libertad y la dignidad, el título de ciudadano. Debemos atrevernos a mostrar, en el rostro de Francia iluminada por la luz implacable de los acontecimientos, la mancha antillana, porque, además, muchos de los franceses parecen decididos a no tolerar ninguna sombra.

Figura 2: Refugiados en la Rue du Pavé tras la erupción del volcán en 1902



Nota. Adaptado de William Herman Rau [Fotografía], por Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, 1902, (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mount_Pel%C3%A9_1902_refugees.jpg). Dominio público

Las formas degradantes del trabajo asalariado moderno todavía encuentran aquí un terreno en el que prosperar sin restricciones.

¿Quién se deshará, con el equipamiento obsoleto de sus fábricas, de estos varios miles de sub industriales y tenderos, de esta casta de falsos colonos responsables de la decadencia humana de las Antillas?

Arrojada sobre los adoquines de los capiteles, una timidez insuperable los llena de miedo entre sus hermanos europeos. Avergonzados de su acento arrastrado, por su francés sin refinar, suspiran con anhelo por la calidez tranquila de los hogares antillanos y el patois de la niñera negra de su infancia.

Bastante dispuestos a involucrarse en todo tipo de traiciones con el fin de defenderse de la marea siempre creciente de los negros, si los americanos no hubieran afirmado que la pureza de su sangre era más que sospechosa, estas mismas personas se habrían vendido a América, como lo hicieron durante los años 40 cuando declararon su lealtad al almirante Vichy: Siendo Pétain el altar de sacrificio de Francia, entonces el almirante Robert se convirtió necesariamente en <el tabernáculo de las Antillas>.

Mientras tanto, el siervo antillano vive miserablemente, abyectamente en la tierra de la "fábrica" y la mediocridad de nuestros barrios es un espectáculo nauseabundo. Mientras tanto, las Antillas siguen siendo paradisíacas y este suave sonido de las palmeras ...

La ironía de aquel día fue una prenda que relucía, brillante, cada uno de nuestros músculos expresaba de manera personal un fragmento de deseo esparcido entre los árboles de mango en flor.

Escuché con mucha atención, sin oírlo, sus voces perdidas en la sinfonía caribeña que lanzaba torbellinos de agua contra las islas. Éramos como purasangres, comedidos, manoseando el suelo con impaciencia, al borde de esta sabana salada.

Figura 3: Los árboles de mangos en Martinica.



Nota. Adaptado de The Mango Trees, Martinique de Paul Gauguin, 1887, Wikimedia (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Paul_Gauguin_-_Among_the_mangoes_at_Martinique_-_Google_Art_Project.jpg). Public domain

En la playa había algunos "funcionarios metropolitanos". Aterrizaron allí, sin convicción, listos para despegar a la primera señal. Los recién llegados apenas se adaptan a nuestras <antiguas tierras francesas>. Cuando se inclinan sobre el espejo maléfico del Caribe, ven en él el reflejo delirante de ellos mismos. No se atreven a reconocerse en este ambiguo ser, el antillano. Saben que los mestizos tienen parte de su sangre, que son, como ellos, de la civilización occidental. Por supuesto, los "metropolitanos" ignoran los prejuicios de color. Pero su colorida descendencia los llena de miedo a pesar de las sonrisas intercambiadas. No esperaban este extraño florecimiento de su sangre. Tal vez no quieran responder al heredero de las Antillas que grita, que no grita "mi padre". Sin embargo, tenemos que contar con estos chicos inesperados, estas chicas encantadoras, porque estos pueblos turbulentos deben ser gobernados.

He aquí un antillano, bisnieto de un colonizador blanco y una esclava negra. Está desarrollándose aquí, para "ponerse en marcha" en su isla, todas las energías que antes eran necesarias para los codiciosos colonizadores para quienes la sangre de otros era el precio natural del oro, todo el coraje necesario de los guerreros africanos que perpetuamente se ganaban su vida con la muerte.

Aquí está, con su doble fuerza y su doble ferocidad, en un equilibrio peligrosamente amenazado; no puede aceptar su negritud, no puede blanquearse a sí mismo. La astucia se apodera de su corazón dividido, y con ella el hábito de los trucos, el gusto por los <combines>; así florece en las Antillas esta flor de la baja humana, el burgués de color.

En las carreteras bordeadas de gliricidias, los bonitos niños negros que digieren en éxtasis sus recores cocinados con o sin sal, sonríen al coche de lujo que pasa. Sienten súbitamente en lo profundo de su ombligo, la necesidad de ser algún día los amos de una bestia igual de flexible, brillante y poderosa. Años más tarde, manchados de una grasa feliz, los vemos dar milagrosamente la emoción de la vida a los cadáveres de chatarra, vendidos a bajo precio. Instintivamente, las manos de miles de jóvenes antillanos han pesado acero, encontrado juntas, tornillos sueltos. Miles de imágenes de fábricas relucientes, acero virgen, máquinas liberadoras, engrosaron los corazones de nuestros jóvenes trabajadores. En cientos de sórdidos hangares donde la chatarra se oxida, hay una vegetación invisible de deseos. Los frutos impacientes de la Revolución brotarán inevitablemente de ellos.

Aquí, entre las montañas azotadas por el viento está el Pueblo-Estado Libre. Un campesino que no se dejó llevar por el temblor de la aventura mecánica, se apoya en el gran Mapou que da sombra a toda una ladera del cerro, siente surgir en él, a través de sus dedos desnudos hundidos en el barro, el crecimiento lento de la vegetación. Se vuelve hacia la puesta del sol para averiguar qué tiempo hará mañana — los rojos anaranjados le dijeron que se acercaba la hora de plantar—; su mirada no solo era un reflejo pacífico de la luz, sino que está abrumada por la impaciencia, la misma que levanta la tierra de Martinica — su tierra que no le pertenece y es, sin embargo, su tierra. Él sabe que es con ellos, los trabajadores, con los que la tierra tiene una causa común y compartida, y no con los blancos coloniales o los mulatos. Y cuando, abruptamente, en la noche caribeña, todos vestidos de amor y de tranquilidad, estalla el llamado de los tambores, los negros se preparan para responder al deseo de la tierra y del baile, pero los terratenientes se encierran en sus mansiones, y detrás de sus cortinas

de telarañas metálicas, están, bajo la luz eléctrica, como pálidas mariposas atrapadas en una trampa.

Las noches tropicales se llenan de ritmos, las caderas de Bergilde toman una velocidad cataclísmica proveniente de las profundidades de los flancos de los volcanes, y es la misma África, la que a través del Atlántico y de los siglos que datan desde el arribo de los barcos de esclavos, le dedica a sus hijos Antillanos una mirada de deseo llena de sol que los bailarines intercambian. Su clamor exclama con voz ronca y fuerte que África sigue ahí, presente, que espera, ondulante, devoradora de Blancos, inmensamente virgen a pesar de la colonización; tormentosa, devoradora de marineros cerca de las islas, en estas limitadas y pequeñas tierras, rodeadas de agua como grandes zanjas intransitables, pasa el enorme viento que viene de un continente. Antillas-África, gracias a los tambores, la nostalgia del territorio vive en los corazones de estos isleños. ¿Quién llenará esta nostalgia?

Los arbustos de heliconia y las flores del bosque de Absalón sangran sobre las quebradas, y la belleza del paisaje tropical llega a las cabezas de los poetas que pasan. A través de las redes en movimiento de las palmeras, ven el fuego de las Antillas rodando sobre el Caribe, que es un tranquilo mar de lava. Aquí la vida se enciende con un fuego vegetal. Aquí, en estas tierras calientes que mantienen vivas las especies geológicas, la planta fija la pasión y la sangre, en su primitiva arquitectura, el inquietante sonido surge de repente de las caóticas espaldas de los bailarines. Aquí las lianas bamboleándose con vértigo, toman el encanto de los precipicios, de los pasos aéreos, y se aferran con sus manos a la escurridiza trepidación cósmica que se eleva a lo largo de las noches habitadas por los tambores. Aquí los poetas sienten que sus cabezas desbordan, e inhalando los frescos olores de los barrancos, extasiados, se apoderan de la corona de las islas, escuchan el sonido del agua a su alrededor, ven las llamas tropicales crecer con más fuerza, ya no desde las heliconias, las gerberas, los hibiscos, las buganvillas, o los árboles de fuego, sino desde el hambre, el miedo, el odio, la ferocidad que arde en los huecos de las montañas.

Así es como el fuego del Caribe sopla sus vapores silenciosos, ciega sólo los ojos que pueden ver, y de repente los azules de las mañanas haitianas, de las bahías de Martinica, palidecen repentinamente los rojos más brillantes. El sol deja su juego de luz cristalina, entonces, si las plazas públicas han elegido los encajes de espinas de Jerusalén como abanicos de lujo contra la fogosidad del cielo, las flores han sido capaces de encontrar sólo los colores que dan amor a primera vista, los helechos arborescentes han secretado para sus tallos jugos dorados, enrollados como un sexo; si mis Antillas son tan hermosas, es porque el juego de las escondidas ha tenido éxito. Ciertamente, ese día en las islas es demasiado bueno para ser visto.

Susanne Césaire

Tropiques, p. 267-273, 1945

Notas sobre la obra y su traducción.

La supervivencia de esta escritura, y ahora su traducción al español, son un modo de desafiar las genealogías masculinas, en este caso, las vinculadas al movimiento de la Négritude. La costumbre de buscar padres fundadores expone una aceptación o renuncia demasiado precoz; la de considerar que las elaboraciones del pensamiento de una época pueden asignarse a un reducido grupo de intelectuales hombres —generalmente podemos contarlos con los dedos de una mano—. Así, se resta lugar a la experiencia colectiva que implica la elaboración del entendimiento disidente. Se borran y diluyen los intercambios, tanto como, la diversidad de experiencias, cuerpos, orígenes que nutren al pensamiento que busca transformar el mundo común, el mundo “conocido”.

Es por ello, que este acto de traducción está movido por el gesto de tomar un retazo, archipiélago, fragmento de historia del pensamiento escrito por una mujer, Suzanne Roussi Césaire (1915 –1966 Martinica) motivada por el deseo de encontrar lectores capaces de arder, dispuestos a ascender a la cima del Monte Pelée -y entre la nube de gases proferidos por el gigante de piedra-, asomarse a su cráter, hallarse en esa bruma indescifrable, camuflada, descubrir el poder de la fundición, el poder de la América.

Suzanne Césaire publicó sus escritos en la revista Tropiques editada en su hogar, en Martinica, junto a su marido Aimé y una comunidad de colegas y amigos que impulsaron esta iniciativa. En plena Guerra Mundial, bajo el régimen de Vichy, la revista cumplió con su entrega trimestral entre los años 1940 y 1945. Suzanne escribió y publicó siete ensayos, son diálogos elaborados a propósito de su atracción por el surrealismo y sus coordenadas políticas.

Encontramos en sus ensayos una visión singular, una sensibilidad que incita a ir por lo propio compartido; a guiarse, pero también a fiarse, de los mapas del inconsciente en diálogo con el mundo que se nos presenta, para desobedecer a sus dominaciones. Las elaboraciones de su pensamiento y su compromiso con la cultura se mantuvieron unidos como un acto de resistencia a la censura, que sin dudas, permite que estas escrituras lleguen a nuestras manos trascendiendo el injusto borramiento de los nombres femeninos en la historia de su propio movimiento. Asimismo, en un gesto capaz de destacar la insistencia de permanecer en las ideas, cabe destacar su labor como profesora en el Lycée Victor-Schoelcher de Fort-de-France donde nutrió la imaginación de sus estudiantes, entre ellos se encontraban Frantz Fanon y Edouard Glissant.

Referencias

Texto original

Césaire, Suzanne. (1945). Le grand camouflage. En Tropiques (págs. 267-273).
Revue Culturelle: Fort de France. Martinica.

Consultados

Césaire, Suzanne. (2012). The great camouflage. Writings of dissent (1941-1945).
(Keith L. Walker, trad.) Wesleyan University Press.(Trabajo original publicado en 1945).

Bonni, Tanella. (2020) Mujeres en Negritud: Paulette Nardal y Suzanne Césaire.
Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas / INCIHUSA - CONICET, Vol 22, 1 – 15. (Florencia Ordoqui, trad.)

